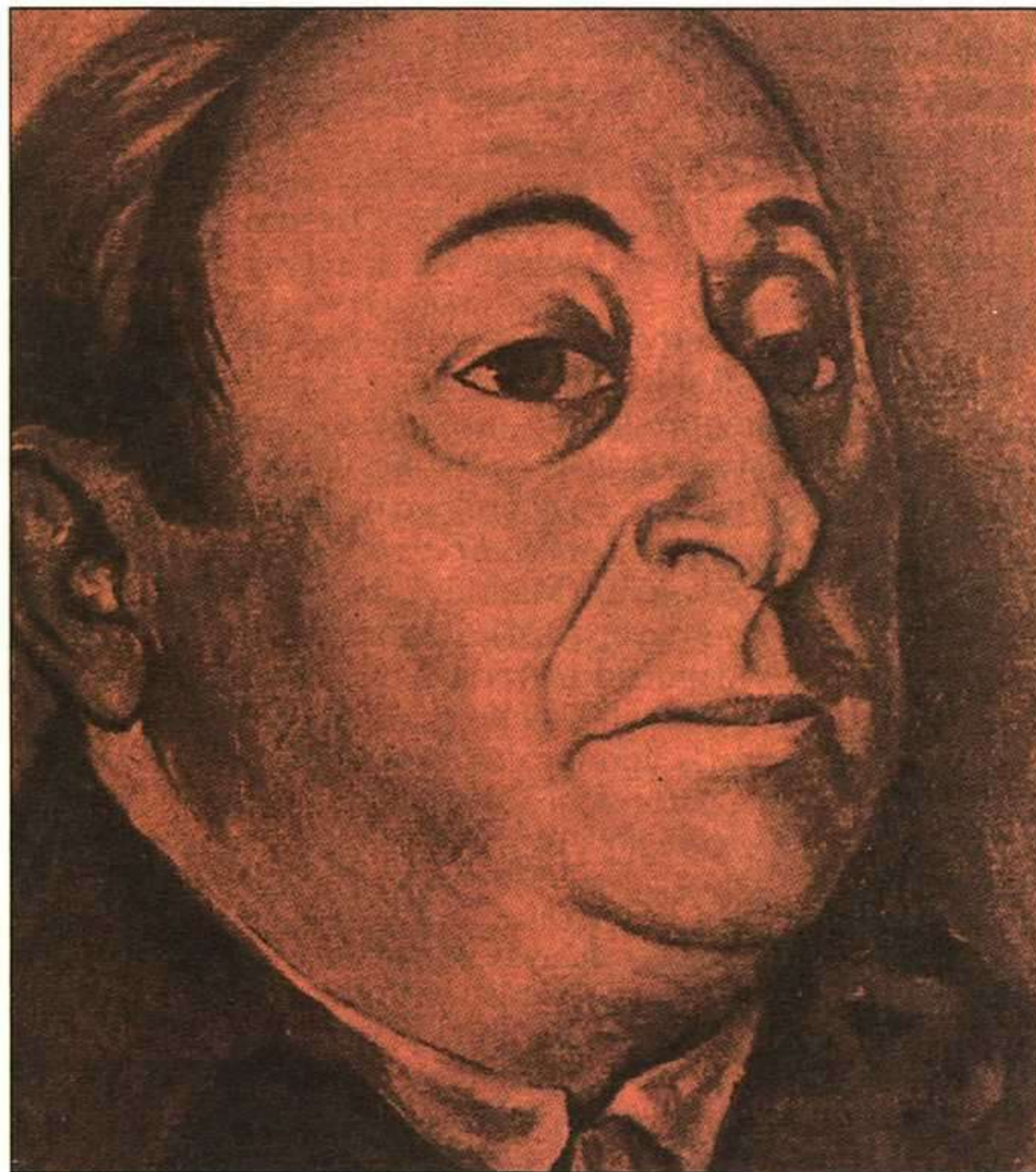


Antoniorrobles, el cazador de aleluyas

por Jaime García Padrino*



Retrato del autor, realizado por Roberto Montenegro en 1953.

Un gran clásico de la literatura infantil española y también un gran olvidado, Antonio Robles Soler (1895-1983), más conocido como

Antoniorrobles, contribuyó con su obra a renovar el panorama de la LIJ en los años anteriores a la Guerra Civil, aportando su peculiar humor, cercano al absurdo, y haciendo

hincapié en los aspectos insólitos de lo cotidiano. Este año se cumplen los cien años del nacimiento de este singular escritor, creador

de Rompetacones y es un buen momento para asomarse a su biografía y, cómo no, para leer o releer sus creaciones y acercarnos así a su peculiar forma de entender la realidad.

«Antoniorobles era un hombre corpulento, de boca grande, que siempre recuerdo abierta en una gran carcajada.

Con esa penetrante caracterización, Dionisio Ridruejo evocaba una ligera amistad mantenida, durante algunos veranos, en El Escorial de los primeros años 20, cuando tuvo ocasión de conocer al Antonio Robles que se iniciaba entonces en los caminos de la literatura. Son, por otra parte, palabras escritas desde el recuerdo tras el largo y duro paréntesis de nuestra Guerra Civil, y un testimonio que toma un valor especial al plasmar, por encima de una declarada divergencia política,¹ los rasgos humanos que marcaron la personalidad de Antonio Joaquín Robles Soler: trato afectuoso, bondad intrínseca alejada de fingidas poses, humor sano y una tremenda alegría por vivir, bien apreciable aun cuando los muchos años y los achaques físicos que pesaban sobre sus espaldas ofrecían recovecos para la espera paciente de la guadaña que segaría su aliento.

Primeros pasos

Antonio había visto la primera luz en Robledo de Chavela (Madrid) el 18 de Agosto de 1895. Una vacante en San Lorenzo de El Escorial permitió a su padre, don Félix Robles, prestigioso médico en la zona rural donde ejerció su profesión, el traslado familiar a esa población, al pie del impresionante monasterio que mandó construir Felipe II para conmemorar la victoria en la batalla de San Quintín, en 1546. Siempre a caballo entre Madrid y la pequeña población serrana, transcurrieron los años juveniles de Antonio. Pronto, las revistas de la época recibieron los artículos de aquel muchacho que participaba en la vida, medio bohemia, medio literaria, de los cafés madrileños de los años 20, con la tertulia de «La Granja de El Henar», como punto de reunión con otros humoristas y creadores deseosos de nuevos rumbos.



J. VINYALS, HERMANOS MONIGOTES, JUVENTUD, 1935.

Los primeros intentos novelísticos de Antonio Robles se adentraron por un humorismo absurdo y disparatado, tras la estela vanguardista de Ramón Gómez de la Serna. Así, en el prólogo de la primera novela de Robles, *El archipiélago de la muñequería* (Madrid: Librería de Alejandro Pueyo, 1924), Ramón declaraba tal identidad literaria y una firme amistad personal. Una de sus dieciocho greguerías, o «prologales rajitas de salchichón», definía así al joven humorista que *estrenaba* novela:²

«Robles fue un chico listo que pilló al vuelo muchas alerías de las que caen del cielo en días que no son de procesión. Tiene un espíritu, una ingenuidad y una simpleza de alería, y a veces dibuja también una aleruyita. ¡Las que cazó al vuelo!»

Sus primeros cuentos infantiles aparecieron en 1925, publicados en la revista *Pinocho*, de la famosa Editorial Calleja y dirigida por Salvador Bartolozzi.³ Desde entonces, los relatos de Antonio Robles para *Pinocho* esbozaban ya las líneas habituales en su posterior dedicación a la literatura infantil. No sólo aparecían en ellos algunos de los esquemas argumentales que, más adelante, desarrollaría en distintos cuentos, sino que a

la vez creaba el personaje de Chonón, como boceto del que habría de ser su criatura literaria más querida: Rompetacones. Además, en aquellas páginas apareció uno de los escasos testimonios de su labor teatral dedicada a los niños: «El príncipe no quiere ser niño» (n.º 10, 27 abril 1925-n.º 13, 17 mayo 1925), pieza dramática con todos los elementos característicos del tratamiento literario de la realidad vista por el niño, cercano al absurdo y atento a los aspectos insólitos de lo cotidiano.

En 1927, un cambio en la dirección de la Editorial Calleja —el de Rafael Calleja por su hermano Saturnino— impone una nueva orientación en sus publicaciones y, con él, el fin de las relaciones de algunos creadores con aquella empresa. Entre ellos, Salvador Bartolozzi y el propio Antonio Robles. Ambos pasan así a colaborar con la empresa de Luis Montiel, propietario de la Editorial Rivadeneyra, y competidor claro de Calleja. Mientras Bartolozzi crea para la revista *Estampa* los personajes de Pipo y Pipa, que alcanzarían popularidad comparable a la de Pinocho y Chapete, Antonio Robles colabora en el semanario humorístico *Gutiérrez* y en la revista infantil *Macaco*, dirigida por K-Hito (Ricardo García López). Ese paso de

Robles por *Gutiérrez* configuró, de modo casi definitivo, la propia evolución de Antonio Robles como escritor humorístico. En ella nació su seudónimo, esbozado como un juego ingenioso al firmar sus colaboraciones en esta publicación como *Donantiorrobes*. Tras la poda de su primer elemento, esa unión de nombre y apellido quedó consagrada como su firma literaria.

Libros para niños

El año de 1930, marca un rumbo definitivo en su dedicación al cuento infantil con la aparición de la revista *El perro, el ratón y el gato* (1930-1931) y de sus primeros libros con cuentos para los niños.⁴ Aquella publicación infantil —dirigida por Antoniorrobes— destacaba por una excelente calidad en su presentación y por las creaciones literarias y plásticas de autores e ilustradores como José López Rubio, Elena Fortún, Manuel Abril, Aristo Téllez, Climent, Souto, Sancha, Esplandiú, Ramón Gaya... Para la propia evolución de la

narrativa infantil de Antoniorrobes, *El perro, el ratón y el gato* supuso una rotunda consolidación en su tratamiento de los caminos fantásticos y de su peculiar forma de entender la realidad.

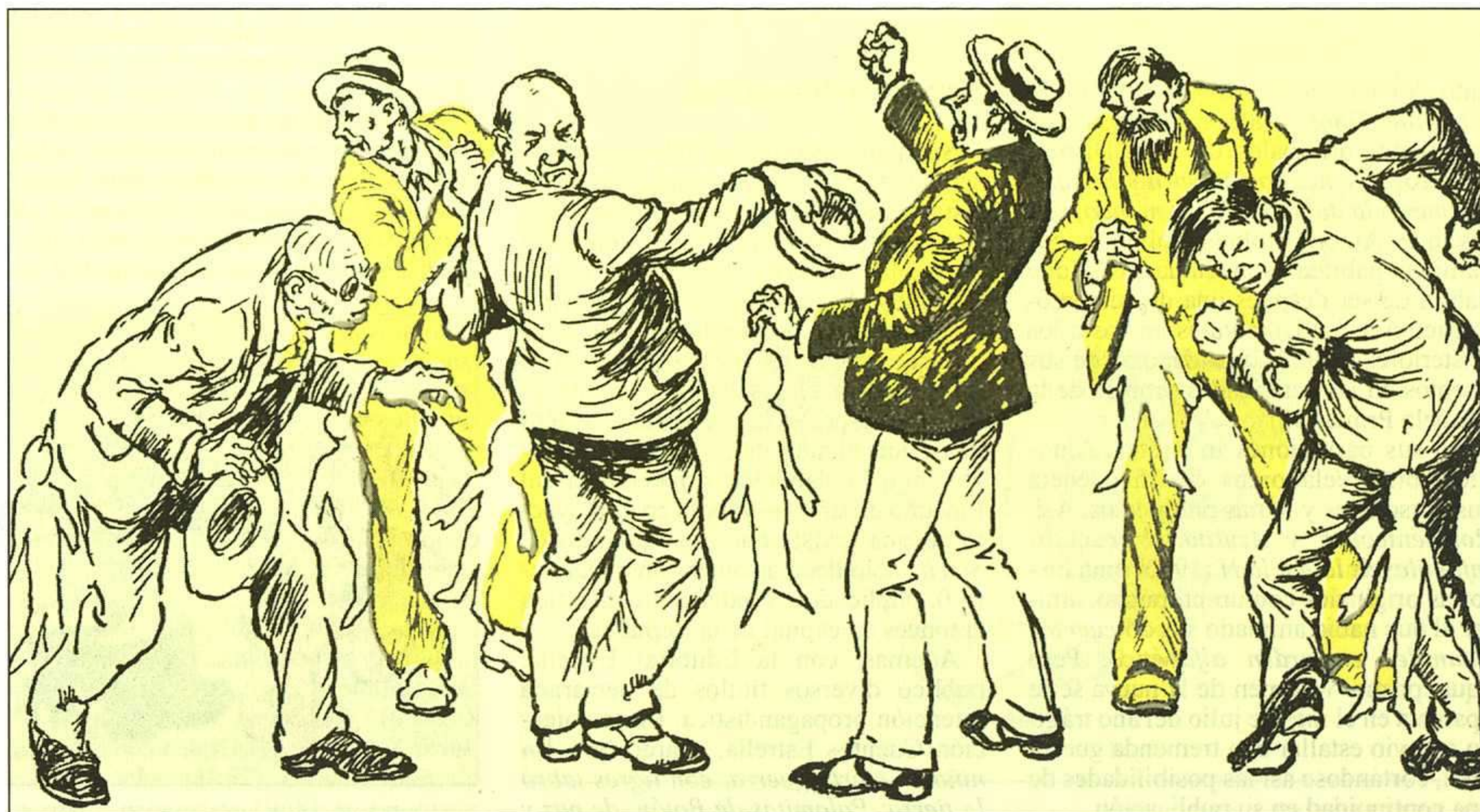
Por entonces, Antoniorrobes había ganado, con sus primeras novelas para adultos, cierta consideración por parte de la crítica. La aparición de *26 cuentos infantiles en orden alfabético* y *8 cuentos de niñas y muñecas*, y un año más tarde, *8 cuentos de los juguetes vivos* y *8 cuentos de las cosas de Navidad*, completaba un proyecto editorial de CIAP para publicar cincuenta relatos de Antoniorrobes. Sin embargo, la desaparición de aquella editorial provocó un largo paréntesis de cuatro años en la edición de sus obras infantiles, precisamente cuando el autor atravesaba un momento de indudable madurez creadora. En aquel período (1931-1935), el contacto con sus lectores más jóvenes fue posible gracias a las páginas de *Crónica* y de *Gente Menuda*, suplemento infantil de la revista *Blanco y Negro*. Algunos de aquellos cuentos merecen un destacado lugar, no sólo en las antologías de su

autor, sino en las más cuidadas selecciones de nuestra literatura infantil.⁵

Otra fecha significativa en su evolución creadora corresponde a 1932. Publica entonces una de sus más interesantes novelas humorísticas: *Torerito soberbio*, y consigue un premio en el Concurso Nacional de Libros Infantiles,⁶ por *Hermanos Monigotes*, que no vería la luz como libro publicado hasta tres años después. Mientras, los relatos incluidos en esa obra aparecieron en *Crónica* y en *Gente Menuda*, despojados del breve hilo argumental —el padrino que relata las historias a sus ahijados, Botón Rompetacones y Azulita—, que recuperaría para la edición publicada por Juventud. En su prólogo, el novelista Ramón Pérez de Ayala saludaba a su autor como:

«[...] el hermeneuta de las leyes genuinas: las naturales, y el centro de la mejor sociedad: la de los niños. El primer escritor infantil, incluso en el sentido del único.»

Cuatro títulos más se unían aquel año de 1935 a *Hermanos Monigotes*. Por un



J. VINYALS, HERMANOS MONIGOTES, JUVENTUD, 1935.



PEINADOR, ROMPETACONES, SIRUELA, 1994

lado, *Nuevos cuentos de Mickey Mouse* y *Los pingüinos*, sendas adaptaciones de creaciones originales de Walt Disney. De otro, *Mis diez compañeros* y *Rompetacones o la doble vuelta al mundo*, con las que Antoniorrobes volvía a sus caminos habituales, acentuando la que habría de ser después una de sus preocupaciones fundamentales en los años posteriores a 1939: la utilización de sus cuentos en las actividades propias de la Escuela Primaria.

En sus narraciones infantiles, Antoniorrobes reelaboraba con frecuencia sus personajes y temas predilectos. Así, *Rompetacones* y *Azulita: 8 cuentos infantiles de la A a la H* (1936) eran historias originales con un propósito similar al que había animado sus *26 cuentos infantiles en orden alfabético*. Pero aquel primer volumen de la nueva serie aparecía en el mes de julio del año trágico que vio estallar una tremenda guerra civil, cortándose así las posibilidades de una continuidad en su publicación.

Relatos antifascistas

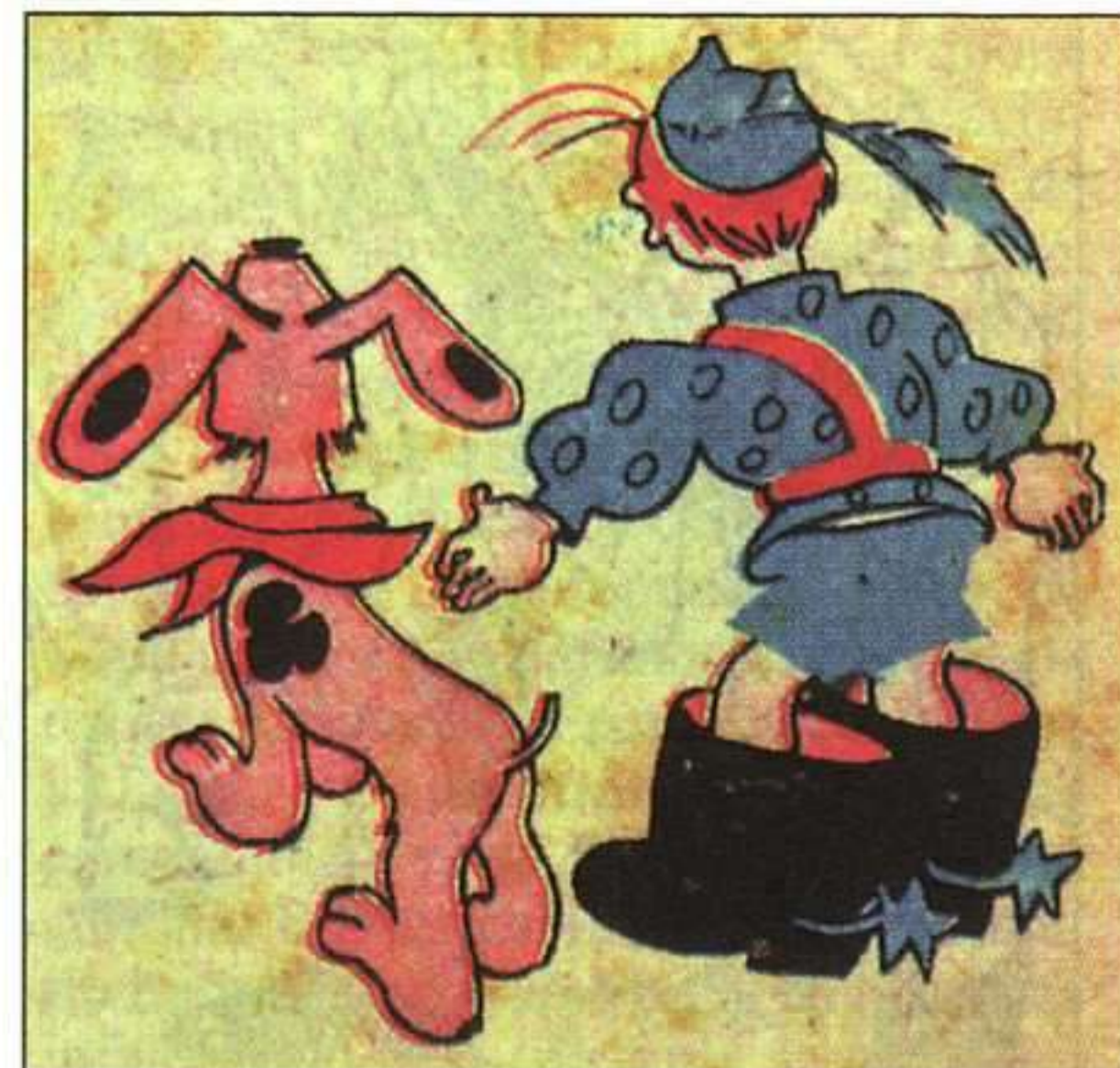
Su talante liberal, sus relaciones personales y su credo ideológico le llevaron a alinearse, de modo inequívoco, con la defensa de la Segunda República Española. Junto con otros artistas e intelectuales, Antoniorrobes contribuyó a potenciar la labor cultural acometida entonces como un medio más para la lucha contra el fascismo, y donde se concedió especial importancia a la atención hacia el niño. Junto a Piti Bartolozzi —hija y colaboradora del creador del Pinocho español— trabajó en el proyecto de una revista que, con el título de *Sidrin*, sólo llegó a contar con un número 0, publicado en Valencia, convertida entonces en capital de la República.

Además, con la Editorial Estrella, publicó diversos títulos de declarada intención propagandística. En la colección Cuentos Estrella, aparecieron *Un niño en cierta guerra, con tigres labró la tierra*; *Palomitas de Botón, de paz y*

de guerra son; *El poderoso influyente* y *los tres magos de Oriente*; *Automóviles audaces que de morir son capaces* y *Llevan a la luna un día, hasta la Comisaría*. Sus temas se decantaban por el inevitable entonces tratamiento maniqueísta de contenidos sociales relacionados con la lucha antifascista. Labor que completó con otras dos colecciones para la infancia de aquel bando. La primera, una serie de cuentos clásicos —*Caperucita Roja*; *El gato con botas*; *Pulgarcito*; *Alí Babá y los cuarenta ladrones*; *Cenicienta*; *El patito feo*; *Los músicos de Bremen (Los músicos improvisados)*—, trasladados de época por Antoniorrobes para adaptarlos a un inequívoco mensaje ideológico.⁷ Y la segunda, unos relatos protagonizados por Sidrin, el personaje infantil concebido como animador de la revista del mismo título antes citada:

«Entre los colegiales había uno que se llamaba Sidrin; era madrileño, simpático y antifascista decidido; llevaba gorro de miliciano con una pluma de pavo real —que él decía que era de “pavo republicano”—, y unas botas grandes, de esas para el agua, con unas espuelas grandonas que se había puesto para tomar el pelo a esos generales fanfarrones de las dictaduras militares.»

Con tales elementos, Antoniorrobes creó una serie de relatos cortos —*Don Nubarrón en los refugios*; *Don Nubarrón en las colas*; *Don Nubarrón y el saco de oro*; *Don Nubarrón y su colilla*; *Don Nubarrón y su acordeón* y *Don*



BARTOLOZZI, DON NUBARRÓN EN LAS COLAS, JUVENTUD.

Nubarrón y su tinajón—, donde se avisaba a los pequeños lectores de los comportamientos antidemocráticos e insolidarios para aquellos momentos, representados en esa figura de Don Nubarrón.⁸

Con el fin de las esperanzas para el triunfo militar de la República, vino el dolor de la separación física y espiritual de su país. El exilio comenzó, para Antoniorrobes, como uno más entre tantos y tantos españoles. Acompañado de su esposa, Angelines García Palencia, la marcha angustiosa hacia la frontera francesa. Fuera ya de España, la incertidumbre del lugar donde asentarse, de encontrar una nueva ocasión para reanudar su vida y su trabajo, hasta encontrar el visado para el viaje hasta México.⁹ Así se abría un período más en la vida y en la obra de Antoniorrobes.

Tiempo de exilio

Aquellos años mexicanos fueron bien fructíferos, tanto en su vida personal como en la profesional.¹⁰ Recién llegado a aquel país, colaboró con la Secretaría de Educación Pública impartiendo un cursillo de Literatura Infantil, dirigido a maestros de Enseñanza Primaria. Después, la creación de una Cátedra de Literatura Infantil en la Escuela Nacional de Maestros, de México D.F., permitió a Antoniorrobes continuar esta labor de formación de educadores.¹¹

En colaboración con Giménez Siles y su Editorial Estrella, publica veinte volúmenes con sus *Aleluyas de Rompetacones* (1939). Eran cien narraciones que mantenían todo el carácter de sus cuentos publicados en España, y cuyo personaje principal volvería a aparecer en su obra más importante de este período: *Rompetacones y cien cuentos más* (1962). Entre una edición y otra, hubo también una labor en la radio, donde Antonio relataba sus propias historias ante el micrófono, además de publicar el *Teatro de Chapulín (Comedia para la radio)*, y títulos como *Un gorrión en la casa de las fieras* (1942), *Albéniz, genio de Iberia* (1953), *Granados* (1954), *8 estrellas y 8 Cenizontes* (1954), *Las mil y una noches* (1957), *Cuentos para la escuela primaria* (1958) y *La bruja*



ALONSO, CUENTOS DE NIÑAS Y MUÑECAS, CIAP, 1930.

Doña Paz (1964).¹²

La fuerte añoranza de sus lugares más queridos, y nunca olvidados, unida a una salud ya quebrantada, movió al matrimonio Robles a pensar en el regreso a España. Por fin, en 1972, tuvo lugar el ansiado reencuentro



ASUN BALZOLA, LA BRUJA DOÑA PAZ, MIÑÓN, 1981.

con El Escorial de sus añorados recuerdos. Sin embargo, sus cansados ojos le debieron de ofrecer una visión muy distinta del país que hubo de abandonar en circunstancias dolorosas. Además, dentro del panorama general de la literatura infantil española de los años 70, Antoniorrobes resultaba un gran desconocido, a pesar de las noticias que recogieron su regreso y los comentarios críticos o los breves estudios dedicados por algunos especialistas.

Antonio deseaba el reencuentro con su público, con los niños españoles que no habían tenido aún ocasión de conocer sus relatos.

Poco a poco, consiguió ver editados algunos títulos originales —*Un poeta con dos ruedas* (1973), *Las tareas del ángel Gurriato* (1974)—, aunque sus primeras obras, auténticos clásicos actuales de la literatura infantil española, seguían olvidadas. La aparición de *Hermanos Monigotes* (1977), en una edición de bolsillo, marcó el inicio de una más justa valoración y conocimiento de las obras de Antonio. Después vendrían las reediciones de sus primeros títulos, las antologías —*Cuentos de las cosas que hablan* (1981)— y las recopilaciones de sus cuentos publicados en las revistas de los años 30: *Cuentos de "El perro, el ratón y el gato"* (1983) y *El señor que se comió un mundo* (1985). Aunque recibió algunos homenajes —como el organizado en 1978 por el Centro Nacional de Iniciación del Niño y el Adolescente al Teatro, bajo la dirección de José María Morera, y cuyos textos vieron la luz con el título de *Mil de hoy, de mil novecientos hoy* (1980)—, los amantes de la obra de Antoniorrobes, convencidos de los valores de la auténtica literatura infantil, hubiésemos deseado que la recuperación de sus creaciones y su valoración hubieran sido más completas,

antes de aquella fría mañana de enero, la del día 23 del año de 1983, cuando nos llegó la dolorosa noticia de su fallecimiento.

Franciscanismo literario

Todo aquel que se adentre por los relatos infantiles de Antoniorrobes se encontrará con hallazgos ocurrentes, nacidos de un lícito afán creador por dar un sesgo

humorístico a la visión *normal* de la realidad y, con ello, ganar la sorpresa y el interés de sus lectores. De la misma forma, la particular filantropía de aquel buen Antonio, manifestada en sus comentarios sencillos, sin afectación, tuvo la mejor expresión en su sano humorismo y en sus bienintencionadas ironías. Cualidades ambas —filantropía y humorismo— que animaron sus mejores relatos. Incluso tal actitud personal desembocó en un pacifismo militante que le llevaba a imaginar soluciones insólitas a tremendos y disparatados conflictos bélicos.¹³ Muchos de tales relatos antimilitaristas y antibélicos tomaban así un carácter premonitorio de la tragedia que años después vivirían los españoles y en los que el propio Antoniorrobes hubo de implicarse, sin renunciar a esa particular visión del mundo.

Al tiempo que escribía sus cuentos dedicados a los niños, Antoniorrobes se preocupó por esbozar y desarrollar una personal teoría de la literatura infantil.¹⁴ En tales teorizaciones, Antoniorrobes autodefinió la actitud creadora que animaba sus historias: el franciscanismo literario. Del santo de Asís, le atraían su



Una de las últimas fotos de Antoniorrobes.

amor por los animales y el canto a las pequeñas cosas cotidianas. Nada más revelador, en este sentido, que el título de sus *Hermanos Monigotes*. Y, junto a ello, una evidente atracción de Antoniorrobles por los avances técnicos a los que trataba de presentar bajo una visión más humanizada, más entrañable y cercana a los sentimientos del niño. Los aeroplanos, las motocicletas, los hilos del telégrafo, las máquinas de escribir, las radios, los gramófonos... se convierten, en los relatos de Antonio, en auténticos protagonistas de situaciones donde su vida animada sirve para curiosos e insólitos contrastes. Ese ingenio recurrente, esa gracia especial para el hallazgo humorístico, sabía forjar escenas de aire surrealista y dotar a las tramas argumentales de soluciones absurdas y disparatadas.

La intencionalidad creadora de Antoniorrobles necesitaba de un adecuado tono oral. De hablar directamente a los lectores. De saber transmitir una sonrisa. De resaltar el tono irónico sin caer en lo grotesco. Un estilo donde la sencillez y la llaneza en el decir eran sus repetidas notas, como conveniente vehículo expresivo para dirigir a sus deseados destinatarios. En los relatos de Antoniorrobles late una corriente cálida entre él, como narrador, y su público, los lectores infantiles. Quizás hoy, en la lectura de algunos de sus cuentos, desde una sensibilidad más actual, pueda chocar una presencia excesiva del narrador-autor. Sin embargo, en aquellos momentos, no resultaba tan desacostumbrado el incurrir en apelaciones un tanto ternuristas, en tratamientos corteses, hoy, por desgracia, no tan frecuentes, o en los consejos relativos a las actitudes reflejadas en algunos relatos.

Nada más que añadir ahora sobre aquel chico listo que cazaba las aleluyas al vuelo. De aquel creador del que León Felipe dijo, en 1966, que era «un humorista tramposo y mal prestidigitador», porque aquel gran poeta había visto cómo las cosas maravillosas sacadas de un sombrero de mago por Antoniorrobles las tenía escondidas en «las entrete-las del corazón», y, además, porque en ese gran pañuelo de seda de donde salían todos sus trucos era el propio pañuelo de sus lágrimas.



LUIS WENSEIL, CUENTOS DE «EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO...», MIÑÓN, 1983.

Las creaciones de Antoniorrobles esperan la lectura de quien quiera disfrutar de la ingenuidad accesible sólo a los que aún conservan intacta la capacidad de asombro y dispuesto el resorte de la risa franca y limpia. Y seguro que el buen Antonio sonreirá cada vez que alguien comprenda y disfrute con sus juegos literarios. ■

*Jaime García Padrino es catedrático de Didáctica de la Lengua y la Literatura en la Facultad de

Educación de la Universidad Complutense de Madrid, y autor de *Libros y literatura para niños en la España contemporánea* (Madrid: FGSR/-Pirámide, 1992).

Notas

1. En el libro póstumo, *Casi unas memorias*, Barcelona: Planeta, 1976, p. 27.
2. Dentro del grupo de cultivadores de la novela caracterizada por un cierto intelectualismo, levemente criticista —Jardiel Poncela, Neville, Samuel Ros, José López Rubio...—, que les conduciría a posiciones cercanas al arte deshumanizado, Antonio Robles destacaría por ser el más

insistente cultivador de la novela humorística, con títulos como *Tres*; *El muerto, su adulterio y la ironía* (1929); *Novia, partida por dos* (1929); *Torerito soberbio* (1932), y ya en su época mexicana, *El refugiado Centauro Flores* (1966) y *El violín de Don Matías* (1969).

3. Aquel primer cuento fue el titulado «La gran mariposa» (n.º 5, 22 de marzo 1925).

4. Ambos hechos fueron posibles por la política editorial desarrollada por la Compañía Iberoamericana de Publicaciones (CIAP), que, entre 1927 y 1931, intentó revolucionar las estructuras comerciales de la España de aquella época. Los relatos infantiles de Antoniorrobles aparecieron en las revistas controladas por esta empresa, *Cosmópolis*, y la citada *El perro, el ratón y el gato*, de corta vida por otra parte, dado el estrepitoso hundimiento económico de CIAP.

5. Véanse *Cuentos de "El perro, el ratón y el gato"* (Valladolid: Miñón, 1984) y *El señor que se comió un mundo* (Barcelona: Noguer, 1985).

6. Aquel Concurso Nacional de Literatura había sido convocado por primera vez en 1928 para la promoción de obras originales destinadas a la lectura en las escuelas. El jurado de esa convocatoria de 1932 estuvo integrado por María Goyri de Menéndez Pidal, como presidenta, y por María Zambrano y Fernando Sainz, como vocales, y las deliberaciones tuvieron lugar el 28 de diciembre de 1932. El acta correspondiente expone un hecho curioso con la obra presentada por Antonio Robles, bajo el lema «Angelines». El jurado, por unanimidad, propuso reducir la cuantía del primer premio, estipulado en cinco mil pesetas, a cuatro mil pesetas, para que así, con las mil restantes, poder dotar una recompensa a favor de la obra de Antoniorrobles.

7. El último de los citados, *Los músicos improvisados*, es una versión del relato de los hermanos Grimm, donde el perro tiene como amo, a «un coronel de grandes bigotes y grandes medallas, que mandaba fusilar a los trabajadores cuando pedían trabajo...»; el asno pertenece a un labrador rico, mientras que el gato es de una



MONTSE GINESTA, EL ÚLTIMO DRAGÓN Y LA SOMBRERERÍA, LA GALERA, 1985.

marquesa, «gente con el corazón de piedra»... 8. A Sidrín le acompañaba el perro *Trimotor*, evadido del campo enemigo, donde decía que «los fascistas extranjeros se llevaban hasta los huesos». Y como antagonista, Antoniorrobles presentaba a Don Nubarrón: «[...] un hombre gordo y bigotudo, que comía buenas chuletas, fumaba buenos puros y gastaba bastón de bola. / Era un fascista terrible; lo que él quería era que la clase trabajadora siguiera siempre trabajando en favor de los ricos».

9. El Consulado de México en Burdeos le facilitó el visado necesario para el viaje hacia el exilio, gracias a una amistad personal anterior con Mauricio Fresco, diplomático mexicano, quien cuenta con detalles ese episodio, entre la labor desarrollada entonces por el Cuerpo Diplomático mexicano en aquellos días trágicos para los españoles (*La emigración republicana española. Una victoria de México*. México: Editores Asociados, 1950).

10. En esas ricas vivencias personales en México, destacaron las fuertes relaciones de amistad

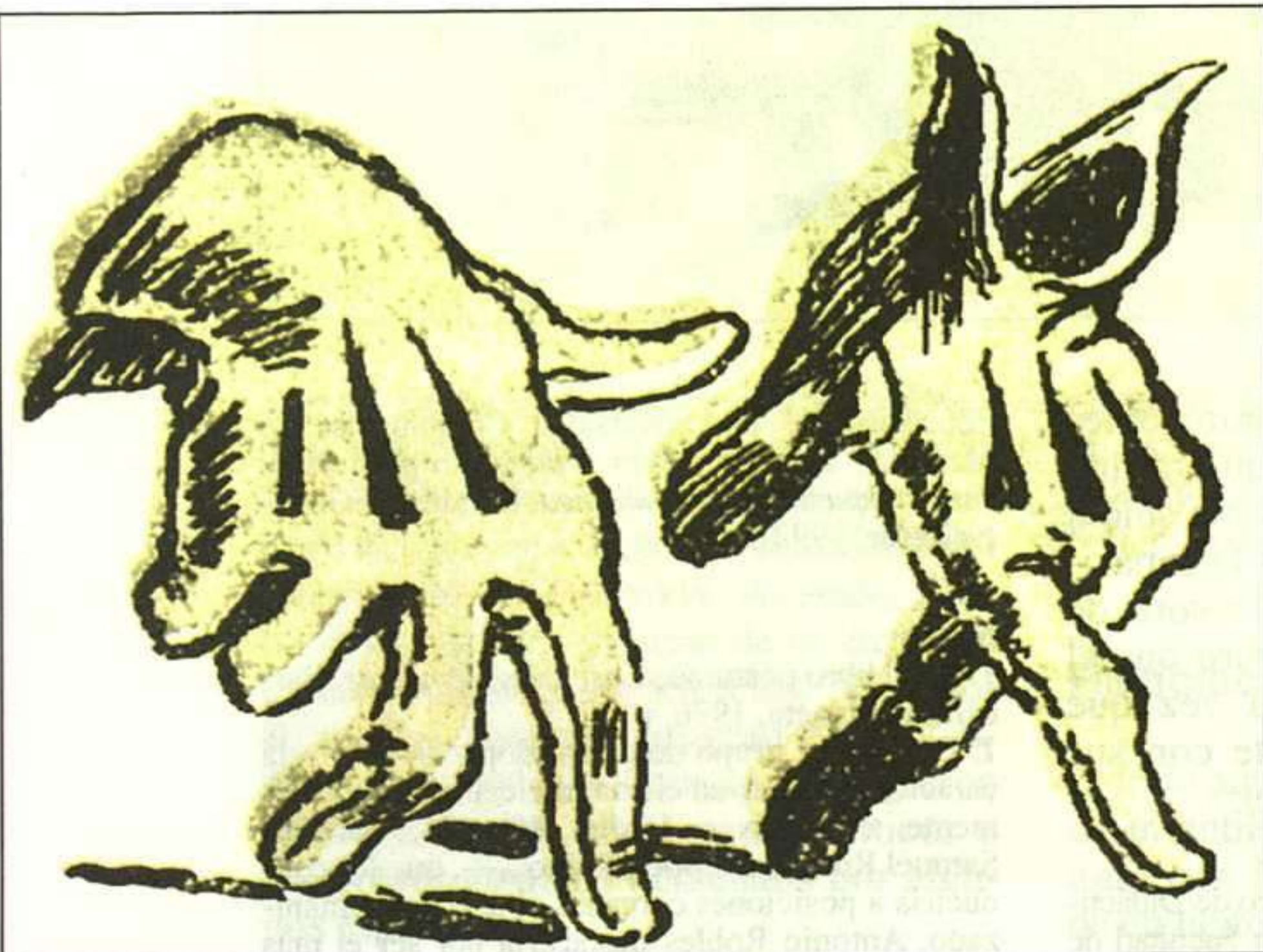
con otros españoles transterrados: Manuel Andújar, Antonio Espina, León Felipe, Salvador Bartolozzi, Magda Donato... Círculo de amigos ampliado con los escritores mexicanos Agustín Yáñez y Alfonso Reyes, o el chileno Pablo Neruda.

11. Una serie de conferencias pronunciadas en octubre de 1941, en el Teatro Bellas Artes, de México D.F., fueron publicadas al año siguiente, con el título de *¿Se comió el lobo a Caperucita?*, obra ya imprescindible para entender el personal concepto de Antoniorrobles al plantearse las creaciones dirigidas a los niños.

12. Compuesta con el pie forzado de su presentación a un concurso convocado por el Comité Anglo-Americano de las Naciones Unidas, era una defensa un tanto ingenua de la paz entre los pueblos, bien lejos de sus anteriores cuentos publicados en los años 30 con el mismo tema. Sin embargo, Antoniorrobles mostraba, en sus últimos años, una especial predilección por esta narración.

13. Véanse los relatos incluidos en la antes citada edición de *Cuentos de "El perro, el ratón y el gato"*, y en especial el titulado «La guerra de las veintiuna, / que una se comió la Luna».

14. A ella dedicó el prólogo de su primer libro editado: *26 cuentos infantiles en orden alfabético*. O las seis conferencias recogidas en *¿Se comió el lobo a Caperucita?*, además de distintos prólogos a sus propias obras, como el ofrecido en *Rompetacones y 100 cuentos más*, en su época mexicana.



J. VINYALS, HERMANOS MONIGOTES, JUVENTUD, 1935.